

# CÁCERES Y LA RECONSTRUCCIÓN NACIONAL

Por: Juan José Guerrero.

**E**n junio de 1884, ante una patriótica conminación lanzada por el general Andrés Avelino Cáceres desde su cuartel general establecido en Jauja, el comando de las fuerzas de ocupación chilena ordenó la evacuación del Perú, pero reteniendo la rica región del guano y el salitre merced a lo estipulado en el Tratado de Ancón. Abandonaron así los chilenos al gobierno de Miguel Iglesias, que debió enfrentarse entonces al ejército patriota de Cáceres. *“Todavía quedaba algo por hacer en el Perú -escribe Sir Clements Markham-; el gobierno impuesto por Chile no era el elegido del pueblo; el general Cáceres representaba al jefe constitucional del Perú y la nación entera deseaba que se restituyese el imperio de las leyes”*. Cáceres propuso a Iglesias que dimitiese el poder en la persona del presidente o vicepresidente del último período constitucional, Mariano Ignacio Prado o Luis La Puerta, o en otra personalidad que hallase consenso y que llevase adelante elecciones generales. Pero Iglesias rehusó, desterrando a sus opositores políticos y amordazando la prensa.

En agosto de 1884 el general Cáceres hizo una audaz e inesperada tentativa para apoderarse de la capital, pero al no recibiendo el apoyo que se le había ofrecido tuvo que retirarse tras un combate en las calles de la ciudad. Se encaminó entonces a Arequipa, donde reorganizó su ejército para luego pasar a Ayacucho. Entre tanto, sus partidarios se hicieron fuertes en el Norte. En julio de 1885 Cáceres fue reconocido como jefe supremo de la nación en el Centro, ante lo cual Iglesias envió un ejército en su contra, a las órdenes del coronel Relayze. Cáceres lo burló con la famosa maniobra militar que la historia recuerda como la Huaripampeada, ocupando Lima el 1 de diciembre de aquel año.

Se formó entonces un gobierno transitorio, que convocó a elecciones generales que dieron el triunfo a Cáceres, abrumadoramente. Le tocó vivir un período asaz difícil (1886-1890), pese a lo cual su gestión presidencial, desarrollada con la honestidad y la videncia de un auténtico estadista y geopolítico, fue fecunda en positivas realizaciones. Cuando la patria se hallaba convertida en un montón de

ruinas por acción del invasor y cuando reinaba por doquier el luto y la desolación, este hombre extraordinario reanimó con un soplo de vida el organismo agonizante del Estado y bajo su patriótica conducción se dio inicio a la Reconstrucción Nacional.

Cáceres robusteció el Ejército y la Marina, y se declaró acérrimo e infatigable defensor de la integridad territorial; pese a contar con un presupuesto exiguo se esmeró por reorganizar la Fuerza Armada, dotándola de elementos modernos con la mira de exigir de Chile, en 1894 como lo estipulaba el Tratado de Ancón, la devolución de Tacna, Tarata y Arica, provincias entonces cautivas. Bajo su gobierno, el Perú no perdió una sola pulgada de su territorio. A su impulso poderoso la república extenuada recobró sus fuerzas; el tesoro público salió del caos y renació el crédito internacional.

Asimismo, Cáceres fomentó la instrucción popular e impulsó al renacer cultural en todos los campos; surgieron en esos años el *Ateneo de Lima* y la *Sociedad Geográfica*, publicándose la famosa revista *El Perú Ilustrado*. Así, pues, la influencia de su gestión presidencial imprimió una saludable dirección a toda la actividad nacional.

Sin embargo, mucho se ha discutido al Cáceres político; sus detractores olvidan que el héroe llamó a su lado a prestigiosas personalidades para que con sus iniciativas y talentos lo ayudaran a salvar la situación del país. Si la obra de bien público no fue cumplida en la medida de sus deseos, culpa fue de los que no supieron comprender el honroso llamamiento y de los que al rodearlo buscaron más la satisfacción de sus apetitos personales que la noble ambición del servicio patriótico. Cáceres tuvo por ideal supremo la unidad nacional y por ello buscó la paz interna, la conciliación entre peruanos respetando democráticamente las divergencias.

Uno de los aspectos más criticados del gobierno de Cáceres fue la suscripción, casi al término de su mandato, del Contrato Grace. Lo hizo en el imperativo de procurar para el Estado los recursos financieros de que urgía para evitar el colapso económico. Y dio su aprobación al contrato tras varios años de amplio y público debate en el Congreso, en la prensa y al interior de las principales instituciones representativas del país, sin contrariar ni por asomo el nacionalismo que fue guía de toda su existencia. De allí que J. M. Rodríguez, prestigioso compilador de “Los

**Anales de la Hacienda Pública en el Perú”,** hablase del *hermoso ideal* que enarboló Cáceres al aceptar este contrato, con el solo propósito de procurar para el país su recuperación económica y financiera. En virtud del mismo los tenedores de bonos relevaron al Perú de toda responsabilidad de la deuda externa; a cambio de lo cual el gobierno peruano les entregó el control de todos los ferrocarriles del país por un período de sesentaiséis años. En el estado calamitoso del erario nacional, no hubo aquella vez ninguna otra alternativa para el Perú.

Cáceres terminó su mandato gozando de la más amplia popularidad, sobre todo entre las capas populares. Recién en su último mensaje fue claro al denunciar la actividad sabotadora que entorpeció la buena marcha de su gobierno. No se declaró satisfecho con la obra realizada, pero sí tranquilo con su conciencia porque supo corresponder en lo posible a la fe del pueblo que lo eligió. Dijo una gran verdad al señalar que mantuvo un invariable respeto por la Constitución, pero a renglón seguido manifestó que su texto era anacrónico, a causa de lo cual la democracia no pasaba de ser una ficción y la república una verdad a medias. Ante los legisladores reunidos el 28 de julio de 1890 hizo una severa exhortación para que dictasen las *reformas radicales* que el país urgía para salir de su postración.